

Cuadernos del Hayedo, nº 4

Montejo y
su hayedo
en los
textos de

*Rafael
de Frutos Brun*



Sierra del Rincón
RESERVA DE LA BIOSFERA



Comunidad
de Madrid

MONTEJO Y SU HAYEDO EN LOS TEXTOS DE... RAFAEL DE FRUTOS BRUN

Cuadernos del Hayedo. Número 4

Programa de Educación Ambiental en la RBSR y el Hayedo de Montejo



Sierra del Rincón
RESERVA DE LA BIOSFERA

© Comunidad de Madrid. 2022

Consejería de Medio Ambiente, Vivienda y Agricultura
Dirección General de Biodiversidad y Recursos Naturales

Fotografías: Andrés Bermejo García
Mario Vega Pérez, páginas 3, 15 y 24
Centro de educación ambiental Puente del Perdón, página 30



LA HIRUELA



HORCAJUELO
DE LA SIERRA



MADARCOS



MONTEJO
DE LA SIERRA



PRÁDENA
DEL RINCÓN



PUEBLA
DE LA SIERRA



Unión Europea
Fondo Europeo Agrícola
de Desarrollo Rural
Europa invierte en las zonas rurales



Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y citación se encuentran amparadas por el marco legal de la memoria.

www.madrid.org/publicamadrid



Con el inicio de 1997 empezó también la

andadura de la Red de Centros que integró otros servicios e infraestructuras naturales muy destacadas de la Comunidad de Madrid, responsabilidad del hoy Área de Educación Ambiental. Entre ellos, por supuesto, el Hayedo de Montejo.

Espacio protegido en 1974 y escenario de uno de los primeros programas de interpretación del patrimonio natural de España, cumplimos ahora veinticinco años de su transformación en programa de educación ambiental. La declaración de la Reserva de la Biosfera de la Sierra del Rincón en 2005 (de la que es zona núcleo, como la dehesa de Puebla) y su inclusión en 2017 como Patrimonio Natural de la Humanidad de la UNESCO, lo confirman como uno de los lugares más emblemáticos y singulares de Madrid.

Pero en una Reserva de la Biosfera son también fundamentales los valores humanos de las personas que en ellas viven y se empeñan en no dejar morir sus tradiciones. Por eso queremos, en la persona de Rafa de Frutos, homenajear y agradecer el apoyo de todos los vecinos de Horcajuelo de la Sierra, La Hiruela, Montejo de la Sierra, Prádena del Rincón o Puebla de la Sierra. Y también de Madarcos, municipio al que muy pronto esperamos incluir en nuestro territorio.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
Junto al fogón.....	7
¿Chaparral o hayedo?.....	10
Adiós a un haya.....	13
El Abuelo.....	16
El árbol roto.....	20
El hayedo un poquito más grande.....	21
Un pajar con vida	25
El arado	38
Zarzos.....	31
La costumbre y la encerrada.....	33
Esquiladores	37
La elaboración de la lana.....	42
La devanadera.....	46
Elaboración del lino y las pieles	48
Escobas	51
Toque de campanas.....	56

INTRODUCCIÓN



*P*ermítenos, querido Rafa, que con esta publicación seas tú, al menos por esta vez, el homenajeado.

Ya tocaba agradecerte tanto y tanto como has hecho siempre que te lo hemos pedido.

En cuántas ocasiones, durante estos 25 años de andadura desde la creación de la Red de Centros de Educación Ambiental de la

Comunidad de Madrid, hemos recurrido a ti para pedirte que nos echases una mano. Siempre encantado, nos has dedicado tu tiempo para cualquier tema que nos ha surgido. Rafa, que si nos puedes contar algo sobre tal y tal cosa; Rafa, que si puedes presentar esto o lo otro que se te da muy bien; Rafa, que mira que tenemos este o aquel compromiso por si les puedes atender y

explicar un poco de aquello y de lo de más allá... y Rafa siempre dispuesto. Ya fuese ante una cámara de televisión, junto a responsables políticos en cualquier evento, debatiendo con investigadores o explicando a la multitud de estudiantes y estudiosos que durante este cuarto de siglo se han acercado a este rincón interesados en conocer las cosas acontecidas en tu querido Hayedo de Montejo y en estos pueblos de la Reserva de la Biosfera de la Sierra del Rincón.

La foto que acompaña estas líneas es de apenas unas semanas atrás. Te faltó tiempo para saltar dentro del coche y acompañarnos a la antigua tejera de Montejo. Como en tantas otras veces te estabas documentando para la elaboración de tu serie de publicaciones mensuales en Senda Norte. “¡María!, que vamos un momento hasta la tejera”. Y ahí quedó María, tu inseparable compañera de toda una vida, trajinando como siempre, preparando la comida y esperando tu regreso. Imaginamos, a la vuelta, durante la comida y la sobremesa, cómo repasarías junto a ella todo ese legado de memoria que entre los dos atesoráis. Que cómo se llamaba el mayoral de la última cuadrilla de tejeros, que para qué casas fueron las últimas tejas o

ladrillos que cocieron, que si recuerdas cómo sonaba la gaita de aquel gallego que se animó a tocarla en la plaza aquella tarde...

En esta imagen que acompaña al texto veo cosas que difícilmente se pueden expresar en palabras. Te pedí hacerte una foto en la boca de la tejera y pareció por un momento que eligieras con precisión la pose, el gesto. Te he descubierto, también en otras ocasiones, cómo esa característica mirada tuya, inquieta y observadora, reposaba en quietud con los ojos cerrados. Atento, a veces, a la música o a la palabra durante alguna representación o conferencia. Otras, en místico y respetuoso trance durante los oficios y actos litúrgicos. Muchas, durante nuestras charlas, mientras rebuscas en el arcón de la memoria, con los ojos entrecerrados, algún recuerdo envuelto en el paño del tiempo. Incluso viéndote manejar tus colmenas, he tenido la sensación de percibir ese estado de absoluta concentración. Ese estado que tantas veces añoramos en una búsqueda de sentir, justo, el momento consciente y preciso del aquí y del ahora. Un estado reservado a quien en su vida ha ido escalando en sabiduría.

Veo en la fotografía ese gesto tuyo apoyado en las piedras que han formado de siempre este paisaje. Veo esa mano tuya, monumental, que tantas veces he visto trabajando en nuestro

corral a la puerta de tu casa. Unas buenas manos siempre activas. Siempre con alguna tarea que hacer al exterior o ya, en el recogimiento del hogar, sosteniendo el bolígrafo o tecleando en el ordenador tus textos y correspondencias. Podando, cavando la huerta, plantando, trabajando la madera, realizando siempre regalos para quien se acerca un rato a charlar. Y es la charla el mejor de tus regalos, pues no hay mayor lujo que recibir directamente de tu rotunda dicción ese invaluable patrimonio cultural producto de tu esfuerzo de cronista, de documentado historiador y emocionado poeta.

Mario

Equipo educativo del Hayedo de Montejo



JUNTO AL *F*OGÓN

*P*asé gran parte de mi niñez en la casa solariega en compañía de mis padres y hermanos y tengo en mi memoria grandes recuerdos de mi infancia que mis padres nos contaban al calor de la lumbre baja, en las largas noches de invierno, y muchas veces a la luz de un candil y otros cuando las heladas no eran fuertes a la luz de la única bombilla.

Acababa de terminar una guerra y aun no teniendo conciencia de lo que aquello había sido cualquier relato despertaba en nosotros por lo menos curiosidad y atención.

El modo de contarlo nuestros padres en aquel entorno, y con un lenguaje entendible nos hacía no perder ni un solo detalle y casi verlo realmente en nuestra imaginación.

Este es el caso de una historia que tiene parte de la misma pero también tiene mucho de fantasía, de misterio y casi hasta de embrujo. Recuerdo que en este relato que sucedió en el chaparral contado al calor de aquella lumbre y flameando las llamas que

producían los rebollos que daban casi más luz que la bombilla, daba la impresión que se erizaba el pelo y que la ropa se separaba del cuerpo.

Era el día 13 de agosto de 1924, un mozo de 27 años se dirige al chaparral (hoy hayedo) con el fin de traer una carga de leña para el consumo de la lumbre de casa, y se encuentra con un acebo desnudo de hojas que aparentemente está seco, se acerca, le zarandea y ve posible su caída. Cogido del mismo hace un esfuerzo y ambos acebo seco y Pablo (que así se llamaba el mozo) caen al suelo con tan mala fortuna que Pablo se fractura la base del cráneo y muere en el acto.

Llegada la tarde y viendo Matías el padre de Pablo que este no volvía decide ir a buscarle al chaparral. Era entonces el chaparral un lugar misterioso, donde se decía que criaban los lobos, que hacían nidos las águilas, que aquellos jabalíes que se mataban en las cacerías y estaban gordos era porque comían hayucos del chaparral... En fin una cantidad de leyendas que envolvían un misterio a la hora de alargar aquel relato; hoy el chaparral (que está a seis kilómetros del pueblo) ha perdido aquel encanto de misterio pues todo el mundo le ha paseado y pateado y lo conoce palmo a palmo.

Pues Matías se fue a buscar a Pablo y la noche le cegó con su oscuridad, pero él no vaciló en buscar a su hijo, y empezó a llamarle con toda la fuerza de su espíritu y una y otra vez repetía el nombre de su hijo a la vez que tenía que escuchar el eco que producían sus llamadas a través de los arroyos y las montañas. Pero también Matías escuchaba el canto del “alcarabo” (cárabo) que cada vez que él decía Pablo... Matías le parecía oír una voz que decía “voy...” El pájaro nocturno seguía con sus cantos y Matías con sus llamadas. Cada vez intentando ir hacia donde a él le parecía oír la voz, pero también cada vez el pájaro al escuchar las pisadas de Matías en las hojarascas se iba retirando más en aquella larga e interminable noche. Alboreó el día y se vio la claridad por la abertura que el río Jarama a través de los siglos ha hecho en las montañas, y apareció Pablo junto al acebo seco tendidos los dos en el suelo como si se estuvieran mirando de frente pero ya era tarde, la vida había terminado para los dos. Se llamaba Pablo María Justo Rivas, su padre Matías Rivas que moriría 4 años más tarde (1928) y su madre Martina de Frutos (la tía Cacharra) que moriría en 1937 rodeada de pobreza. Todo esto me lo contaron mis padres cuando era pequeño JUNTO AL FOGÓN.

Montejo, enero de 2008

¿CHAPARRAL O *H*AYEDO?

He soñado y no hace mucho
que al hacer el universo,
Dios, el supremo Hacedor,
puso su vista en Montejo.

Al hacer el paraíso,
que se llamó terrenal,
pensó Dios hacerlo aquí
en lo que fue El Chaparral.

Pues Chaparral se llamó
lo que hoy llamamos Hayedo
y así consta en varios libros
y en documentos del pueblo.

Pero no tiene importancia
que sea Chaparral o Hayedo,
lo importante es que está aquí
para que lo disfrutemos.

Joya de la Sierra Norte,
en un rincón madrileño,
Calahorra, la Pinilla
y de testigo el Recuenco.

Te da escolta el río Jarama
y aquí está su nacimiento
con sus aguas cristalinas
es un río bien truchero.

El caminar de tus aguas
a dos provincias separa,
a la izquierda esta Madrid
y enfrente Guadalajara.

Y en este hermoso paraje
lleno de belleza tanta
hay rabiecanos y acebos,
sabinos, temblones y hayas.

Hay berezos y hay enebros,
fresas, morrinos y chopos,
hay maillos y retamas,
y flores en los arroyos.

Plantas y flores crecieron
sin que nadie los plantara,
y manaron los arroyos
con sus limpísimas aguas.

Aquí trajeron sus reses
los pastores y vaqueros
y ellos hicieron historia
en este sitio tan bello.

Dieron nombre a sus arbustos
y nombre a sus arroyuelos:
"Roble el Cristo", "Buena Moza"
y arriba "Charcas del Hueco".

"Haya Maestra" y "La Casa",
"El Paso Malo" y "El Pino",
"Arroyo de las Quebrás",
por un estrecho camino.

Jabalí, corzo y garduño,
ardilla, zorro, jineta,
liebres, conejos, lagartos
y alguna que otra culebra.

Mochuelos, águilas, búhos,
cárabos, mirlos y urracas,
herrerillos, petirrojos
y las palomas torcazas.

Todo esto lo tenemos
en este bonito hayedo
para deleite de todos
para valorar el pueblo.

Yo te pido visitante
que cuides esto tan bello
que disfrutes y pasees
en tu visita a Montejo.

En fin mi querido amigo,
aquí termino mis coplas
disfruta con El Hayedo
que es de Montejo y de Europa.



ADIÓS A UN HAYA

Con pena empiezo a escribir
esta historia de Montejo,
pero debo de contarlo
porque es algo de mi pueblo.

Desde siempre aquí tenemos
el gran monte del Hayedo
donde hay variedad de arbustos
entre hayas, robles y acebos.

Por supuesto hay mucho más
tejos, morrinos, retamas,
sauces, sabinos y chopos
y también el río Jarama.

Pero hoy no puedo contar,
de este monte la belleza,
se nos ha muerto "la Gorda"
y me embarga la tristeza.

Y he marchado al Quiñoncillo
a decir adiós a un haya,
un ejemplar centenario,
que está en el suelo tumbada.

Sus raíces han cedido
por estar poco profundas,
sus kilos, años y el viento
se la han llevado a la tumba.

Cuando la he visto caída
me ha dado un escalofrío
como si se hubiera muerto
alguno de mis amigos.

Y mirándola en silencio
me ha dado tiempo a pensar
que si hubiera sido humana
por ella debía rezar.

En su tronco me he sentado
y he visto todo su entorno,
mudo y haciéndola corro
porque se ha quedado solo.

He hecho unas fotografías,
aunque ya no tiene vida,
pero que debo guardarlas
en mi mente mientras viva.

Emprendido mi regreso,
en un silencio completo,
he bebido un trago de agua
allí en las charcas del Hueco.

He llegado al Entablado,
parándome en la vereda,
mirando el musgo de un roble
que está cubierto de yedra.

Los hombres estudiarán
la edad que el haya ha tenido
y los abuelos dirán
que así la habían conocido.

Dicen que puede que sea
de España el haya más gorda,
te digo adiós con respeto
y aquí termino tu historia.

¿Cuántos años pasarán
en el pueblo de Montejo
para ver otro ejemplar
como el haya que se ha muerto?

Montejo, marzo de 2015

P.D. El haya hace dos años,
más o menos, que cayó.
El escrito se ha hecho en 2015



EL ABUELO

Tiene Montejo un hayedo,
que es de interés natural,
al que todos le llamamos
el monte del Chaparral.

Y al visitar este monte,
si lo miras con cariño,
le admirarás como adulto
y le querrás como un niño.

Yo quiero hablar con un roble,
de este monte de mi pueblo,
que está a la entrada del mismo
al que yo le llamo ABUELO.

Cuando le miras de cerca,
tu alma allí se recrea,
lo encontramos porque está
entre el río y la vereda.

Y si llegan tus amantes
hasta aquí que quieren verte,
les hablas al corazón
y consiguen entenderte.

Yo quiero que tú me hables
y que me cuentes tu historia,
que sabes que a mí me encanta,
la que tienes en memoria.

Dicen que eres elegante
y también extraordinario,
y los mayores me cuentan
que tienes ya muuuuchos años.

Dime que has visto al Jarama,
en el correr de los tiempos,
que se alborotan sus aguas
con las nieves del deshielo.

Dime que has visto volar
al águila y sus polluelos,
a la paloma torcaz,
y también al pico negro.

Que dejaste tus bellotas
en otoño por aquí,
y nacieron nuevos robles,
si no se las comió el jabalí.

Dime que escuchaste al corzo
cuando llega la berrea,
y que venía su amada
y que después se aparea.

Cuéntame querido Abuelo,
el día que murió Pablo,
que, al arrancar un acebo,
se le cayó encima el árbol.

Y cuenta cómo su padre
vino a buscarle a la tarde,
aquí se pasó la noche
sin conseguir encontrarle.

Y cómo le daba voces
llamándole: ¡Pablo, Pablo!
Sólo al cárabo escuchó
entre tus ramas volando.

Dime cómo aquel vaquero
venía aquí con sus reses,
subía por primavera
bajándose a los tres meses.

Encontrando una pastora
que pastoreaba por aquí,
a quien cantó una canción
y ella le dijo que Sí.

Se sentaron junto al río,
se cogieron de las manos,
y mirándose a los ojos
quedaron enamorados.

Has oído muchas veces
las tormentas de verano,
el retumbar de sus truenos
desde los cerros al llano.

Vinieron los fabriqueros,
que hacían carbón vegetal,
aquí hicieron sus horneras
para después los quemar.

Han pasado por tu lado
estudiosos y pastores,
visitantes y poetas,
amantes y labradores.

Parándose junto a ti
para admirar tu belleza,
que se disfrute en el alma
y amar la naturaleza.

¡Qué lástima que no le hables
a quien pasa por tu lado!
A mi corazón le hablas
y de ti me he enamorado.

Y como escucho tu voz
porque entiendo tu lenguaje,
he decidido escribir
por rendirte un homenaje.

Eres como un buen abuelo
que cuenta cosas al nieto,
ya que sabes más que nadie
que “eres un libro completo”.

Me marcho querido Abuelo
y aquí en tu sitio te dejo;
mientras tú sigas de pie
harás más grande al Hayedo.

Montejo, 22 de octubre de 2014



EL ÁRBOL ROTO

En el árbol de nuestra vida, este año ha venido una terrible tormenta de viento que ha partido muchas ramas y a otras, aunque no tronchadas, las ha deteriorado y sus hojas desparramado por el suelo. Este viento ha arrastrado las ramas y no las volveremos a ver. Ya no florecerán en primavera, ya no anidarán en ellas los pájaros, sus tallos no recibirán savia al llegar mayo, el árbol estará triste, incompleto, no las podremos admirar, ni hablar con ellas, ni tocarlas, ni abrazarlas. Al lado del árbol habrá tristeza, pena, recuerdos, lágrimas...

El recuerdo estará
vivo junto al árbol
desgajado del maldito
dos mil veinte, que
a tantos se ha llevado.

No quiero un árbol tronchado
con sus ramas en el suelo,
quiero que esas ramas rotas
estén volando hacia el cielo.

Montejo, 31 de diciembre de 2020

EL *H*AYEDO UN POQUITO MÁS GRANDE

*H*ace ahora 556 años (en 1460), un caballero de Sepúlveda seguramente noble, vendió El Chaparral al pueblo de Montejo.

Es una finca de unas 1000 hectáreas de terreno, que la forman La Sierra, La Solana y El Chaparral. Aproximadamente 750 hectáreas son Sierra, el resto Chaparral y Solana, que por la década de los cincuenta – sesenta se empieza a llamar Hayedo.

Anteriormente estuvo dedicada a dehesa boyal y también destinada al ganado ovino y caprino. Se aprovechaba la leña para consumo casero, y en largas temporadas se hizo carbón vegetal aprovechando las cortas que se hacían de hayas y robles que salían a subasta. La última corta se hizo por los años cincuenta.

El hayedo está compuesto principalmente por hayas, robles y acebos, así como por brezos, tejos, avellanos, espinos veros, majoletos, temblones, sauces, sabinos, servales, maíllos, morrinos, helechos, yedra, fresas

silvestres y una infinidad de flores y otras plantas. También es rico en su fauna.

El Hayedo, en 1974, se incluye como Sitio Natural de Interés Nacional, y posteriormente, se convierte en Zona Núcleo dentro de la Reserva de la Biosfera de la Sierra del Rincón. Actualmente está en proceso de nombramiento como Patrimonio de la Humanidad¹.

Muchos de nuestros queridos árboles censados cuentan con más de ciento cincuenta años y, aunque se los cuida al máximo, se van haciendo mayores y las inclemencias del tiempo los llevan a su fin.

En varias ocasiones, el Centro de Educación Ambiental, las autoridades de Medio Ambiente, el Ayuntamiento y el pueblo de Montejo, han plantado nuevos ejemplares que ahora están en adolescencia y con buena salud.

Yo intento relatar lo sucedido hoy día 2 de abril de 2016. Un grupo de unas cuarenta y cinco familias con sus hijos, se han dirigido a El Hayedo con el fin de hacerle un poquito más grande y, azadas en ristre, por entre los pinos han plantado 75 ejemplares de haya de tres años. Estas hayas son hijas de las madres de El Hayedo, habiendo sido sembrados los

¹ Se declaró el 7 de julio de 2017, dentro del Bien en Serie "Bosques antiguos y primarios de hayas de los Cárpatos y otras regiones de Europa".

hayucos y criados en Montejo. Estas familias altruistas han sido asesoradas y dirigidas por personal técnico del colegio Gredos San Diego. Ha sido ilusionante ver cómo padres e hijos participaban en esa “plantá” y cómo los niños colgaban del protector un lazo con el nombre del haya que acababan de plantar.

Estas hayas se han plantado por encima de la carretera, entre el Arroyo de lo Mesao y la pared de El Hayedo que encara al saliente y entre pinos, en un lugar cercado.

Hubo un abuelo de 80 años del pueblo que los dijo a los niños que cuando ellos fueran muy mayores podrían decir a sus descendientes que ellos en su día hicieron un poquito más grande El Hayedo de Montejo.

Porque nos gustó la idea, porque amamos la naturaleza, porque lo hicimos con ilusión, porque en 2016 queremos que El Hayedo sea más grande, porque queremos proteger el medio ambiente. Y porque fuimos felices, lo vimos y lo contamos y lo dejamos escrito para el futuro.

Desde el 2 de abril del 2016 El Hayedo (Chaparral) es un poquito más grande.

Montejo de la Sierra, 2 de abril de 2016



UN PAJAR CON VIDA

La otra tarde me encontré
a mi padre pensativo
recostado en el pajar
que nos tocó de mi tío.

Al ver él que me acercaba
cogió un pañuelo de rayas
que tenía en la cintura,
con él se limpió la cara.

Le pregunté que qué hacía
y, casi malhumorado,
me dijo que descansar,
que se encontraba cansado.

Mas yo en su rostro noté
que tenía un problema grave
y le dije con respeto
-Dígame qué pasa, padre-.

-Pues que he venido al pajar
en busca de este azadón
y al ver toda la herramienta
se me encoge el corazón.

Y apoyándose en la azada
que tenía en la mano izquierda
abrió el zarzo del pajar
y, después, abrió la puerta.

Y, como quien ve en el cine
escenas que van pasando,
con parsimonia y tranquilo
me fue las cosas mostrando.

-Mira esa trilla de piedras
que nos tocó del abuelo
que ya nadie la utiliza
porque os marchasteis del pueblo.

Era una trilla de peso
que, con afiladas piedras,
triturábamos la mies
y que arrastraban las yeguas.

Después me dijo: -Este yugo
que hice cuando yo era mozo
pensaba cuando lo hacía
que hoy sería para vosotros.

Colgadas en ese clavo
están coyundas y enjudio
y a mí me da mucha pena
que no las queráis ninguno.

Aquí está el carro parado
que, como yo ya soy viejo,
de no sacarle y andar
se van oxidando los hierros.

Encima del carro estaban
los aparejos del macho,
los tableros del estiércol,
unas cestas y unos sacos.

Levanté la vista al techo
y al par de la viga larga
vi la red de traer paja
perfectamente enrollada.

-Cuando tejía sus mallas,
que en invierno la hice en casa,
siempre pensaba en vosotros
cuando tuvieseis labranza.

Después me dijo: -Este arado
hecho de tosca madera
me sirvió en mi juventud
para remover la tierra.

Aquí abandonado está
con su timón hacia el cielo
con el dental de madera,
de palo los orejeros.

Como ves en el pajar
sólo tenemos recuerdos
y utensilios de una vida
que fueron mis compañeros.

Lleno está de telarañas
y de basura por dentro
pero está lleno de vida
entre herramientas y aperos.

¡Vámonos! dijo mi padre
y cierra el zarzo y la puerta,
no quiero que vendáis nada
hasta que yo no me muera.

-Déjelo padre en reposo,
que usted ya va siendo viejo
y siempre lo cuidaremos
como cosas del abuelo.

Y aunque el carro esté oxidado
carcomido por el tiempo
a nuestros hijos diremos
era el carro del abuelo.

Después, quedándome solo,
tuve tiempo de pensar
que entre herramientas y aperos
HABÍA VIDA EN EL PAJAR.



EL ARADO

Estaba yo hace unos días,
en esos momentos de ocio,
casi sin saber qué hacer
cuando se acerca el otoño.

Amenazaba mal tiempo,
pues había nubes grises,
y no invitaba al trabajo
ni a qué sitio dirigirse.

Y al pajar me dirigí,
que tenemos en la cuesta,
y allí comencé una sogá
sentado en una banqueta.

Iba a hacerlo en un tajón
que era de ordeñar las vacas,
pero no estaba completo
que le faltaba una pata.

Y allí con tranquilidad
llevé mi mente al pasado,
pues mientras hacía la sogá
estaba viendo el arado.

Estaba el arado puesto
en la pared de la entrada,
con el dental en el suelo
y el timón en la ventana.

Lleva mucho tiempo allí,
abandonado en silencio,
pues ya no se aran las tierras
que rompiera en otros tiempos.

Y mientras hacía la sogá
pensé que debía hablar
de aquel arado romano
que allí estaba en el pajar.

Y como ya no se usan
quiero que quede constancia
cómo era el "arao" romano
que yo conocí en mi infancia.

Se componía de un timón
que con unos agujeros
se le sujetaba al yugo
por medio de un llavijero.

A continuación la cama que era curva y por detrás tenía una apertura grande donde enganchaba el dental.

Estaba la cama unida al timón porque era corta sujeta con dos aros que se llamaban vilortas.

A continuación la reja, bien afilada y de hierro, que iba sujeta al dental justo entre los orejeros.

El dental es hecho a mano, por supuesto de madera, con un rebajo en el centro donde se asienta la reja.

También para sujetar la cama con el dental lleva puesta la telera en sentido vertical.

En el dental además lleva las llamadas orejeras, dos palos allí metidos para echar la tierra fuera.

Entre la cama y dental, como explicábamos antes, lleva el pezcuño y la esteva que es digamos el “volante”.

La esteva es una madera que está torcida en la punta, que sirve de maneral para dirigir la yunta.

Y el pezcuño es una cuña, también hecha de madera, que sujetará la cama con el dental y la esteva.

Utensilio de labranza llamado arado romano que hacían nuestros abuelos y todo fabricado a mano.

Ya no se usa este arado pues las técnicas modernas han traído maquinaria para remover las tierras.

Vertederas y tractores dejaron en el recuerdo aquel arado romano que hicieron padres y abuelos.

Yo tengo el mío guardado
y lo quiero conservar
y enseñárselo a los nietos
cuando vayan al pajar.

Tal vez el tiempo y la sogá
y la banqueta y el pajar
me movieron a escribir las coplas
para del arado constancia dejar.



3 ARZOS

¡Ay, pueblo de mis amores,
donde me parió mi madre,
cómo te cambian la cara
y aquí no se queja nadie!

Solamente algún abuelo
levanta un poco la voz
y le dicen: “Cállese,
que callado está mejor”.

Le calla la juventud,
el rico y el albañil,
el tendero, el carnicero,
el cura y el alguacil.

Su turno se le ha pasado
y no nos cuente historias,
que lo ha contado mil veces
y le falla la memoria.

Todo porque dije al yerno,
en el otoño pasado,
que debía de hacer un zarzo
para cerrar bien el prado.

Que la ucera era un portillo
y las vacas lo saltaban,
que se van a los linares
y todo lo destrozaban.

“Márchese a dar un paseo
y deje usted el prado en paz,
que ya llevaré un somier
y con él voy a taponar”.

Y me fui a dar un paseo
por las callejas del pueblo
y aquí te mando unas fotos
de lo que ha visto el abuelo.

Plataformas y palés,
somieres, espinos, palos,
con eso cierran los huertos,
los linares y los prados.

Y los manitas de turno,
para cerrar bien las vacas,
el zarzo le hacen de cuerdas
que cogen de las alpacas.

Abuelos que en vuestros tiempos
hacíais zarzos de madera,
sin tener más herramienta
que el podón y alguna azuela.

Si ahora vierais nuestros prados
se os caería el alma al suelo,
viendo que no tiene puerta
la cerca de nuestro abuelo.

Si queremos tanto al pueblo
y le queremos bonito
hay que poner buenos zarzos
porque cuesta muy poquito.

Las fincas valen el doble
con un buen zarzo artesano
sobre todo si lo ha hecho
de Montejo un artesano.

Montejo, 18 de agosto de 2016



LA *C*OSTUMBRE Y LA CENCERRADA

*L*a mayoría estaremos de acuerdo en que el tiempo no tiene descanso y que en su caminar va acumulando experiencias y eventos nuevos, a la vez que, casi sin darnos cuenta, va dejando en sus cunetas costumbres y tradiciones que otrora existieron y marcaron la vida de nuestros antepasados. Hoy quiero recordaros lo que fue en el pueblo “la costumbre” y “la cencerrada”.

En nuestros tiempos mozos pudimos vivir y disfrutar de la costumbre, acto por el cual todo aquel muchacho forastero que llegara al pueblo y entablara diálogo y acompañara a una mujer soltera, haciéndose novio de la misma, debía saber desde el primer momento, que tendría que pagar una especie de impuesto revolucionario, no escrito ni estipulado en su cuantía, pudiendo ser dinero en metálico o un cordero para asar, destinado exclusivamente a que los mozos, de edades similares a la de la

novia, se corrieran una juerga por todo lo alto a costa del que, teóricamente, les estaba quitando oportunidades de ennoviarse ellos. Si lo pagaba, “se le autorizaba” a que continuara con la relación y luego... allá ellos.

Pero si no pagaba lo que la mocedad consideraba que valía la muchacha, sería vilipendiado y llevado junto a pilón de la Fuente de los Tres Caños donde se le haría una limpieza de cuerpo entero, sin quitarle la ropa, y las veces que hiciera falta.

Lógicamente, los aspirantes a tener novia aquí, solían pagar la costumbre. Contaban, decían, narraban, que un forastero que vino no quiso pagar la costumbre y que le pusieron en el pértigo del carro atado y llevaron el carro al pilón haciéndole bascular varias veces. Pero nadie lo había visto, ni a quién, ni cuándo. Mentirijilla.

Aún hoy la tradición no ha desaparecido, el problema fundamental actualmente es la escasez de mozas casaderas que puedan entablar relaciones con forasteros.

Al contarte esta historia habrás observado que arriba he escrito: “acompañara a una mujer soltera” porque si a quien acompañaba era a una mujer viuda ese era otro cantar. La cencerrada (vulgo cencerrá) se daba a viudas y viudos o parejas que se casaran siendo ya mayores, bien del pueblo o que vinieran a casarse aquí. Consistía en que la víspera de la boda, los mozos unas veces, otras el pueblo entero, se armaba de cencerros, almireces, calderos rotos, botes llenos de piedras, rejas de arado viejas y cualquier instrumento que pudiese hacer ruido, y se llegaban delante de la casa del viudo o de la viuda que se iba a casar y allí se pasaban la noche armando el mayor escándalo posible, hasta que el novio, pagaba una cantidad de vino que fuese del agrado de los rondadores. Me contaba un familiar que cuando fueron a casa de un mozo viejo a dar la cencerrá salió el tal mozo con un gran cencerro y se unió a la comitiva.

Tal vez querido amigo pienses que es un poco extraño o fuera de lugar, pero ten en cuenta que en aquellos tiempos en el pueblo no tenían televisión, ni periódicos, ni automóviles, ni teléfonos. Había sólo lo que

había y yo, pensando en ti, lo he escrito para que conozcas algo que quizá desconocías.

Montejo de la Sierra

Febrero de 2021. 3ª ola del virus



ESQUILADORES

No hace mucho tiempo hablaba yo con mi paisano Gregorio y me contaba que tenía un libro manuscrito, del año 1902, de la cuadrilla de esquiladores de Montejo. Marchamos a ver el libro y en la primera página leemos: “Reglas que debe observar todo individuo que pertenezca a la cuadrilla de esquiladores, según venimos observando desde nuestra infancia y cuyas reglas inventaron y respetaron nuestros antecesores”. Constaban estas reglas de 12 puntos y destacamos algunos por su interés. En el segundo dice, hablando de los aprendices: “Que se obliga cómo ceder su asiento a todo superior siempre que fuese a comer a casas particulares, sin demostrar mal semblante, ni interrumpir la conversación de otro, ni contestar mal a nadie, ni hacer preguntas en vano, ni intrusar la palabra hasta que sea preguntado”. En el quinto se dice: “La cuadrilla que se embriagare durante el servicio del día y se acredite que por cuya causa perjudica a la cuadrilla, será castigada por primera vez a una *carrera de baquetas* y una peseta de indemnización”. La *carrera de baquetas* era un castigo que consistía en hacer correr a los

embriagados, con la espalda desnuda, entre dos filas formadas por otros esquiladores y pastores que les azotaban con varas.

La curiosidad me movió a seguir leyendo el manuscrito e informarme de primera mano sobre otras curiosidades que rodeaban al esquila de principios del siglo XIX en la Sierra del Rincón. Hablé con Florentino Hernán, Julio Palomino y Santiago Hernán, todos ellos esquiladores en su juventud y todos rondando los ochenta años. Me narraron anécdotas que yo quiero dejar escritas como homenaje a estos hombres y al mismo tiempo para ver cómo han cambiado las cosas en estos últimos 100 años. Me contaron que ninguno de ellos llegó a ir al rancho de Buitrago, la “catedral” del esquila en aquella época, pero que de esquiladores en otros ranchos estuvieron más de 30 años. Hubo rancho en Santuy, en Cobos, en Braojos, en Cardoso y en Montejo, entre otros. Me dijeron que era costumbre que todo aquel que llegaba a un rancho donde ya había empezado el esquila debía saludar diciendo: AVE MARÍA PURÍSIMA. También que la jornada era desde que amanecía hasta que ya no se veía. O que durante todo el día estaban encorvados y con las piernas abiertas en compás. Que la oveja la tenían legada en el suelo y sujeta con la mano izquierda mientras que con la derecha, tijera en ristre, cortaban la lana. También que tenían que poner la oveja en 14 posturas diferentes. Y que al terminar jornada, el esquilador que terminase la última oveja debía

decir: ALABADO SEA DIOS. Que esquilaban a “seco” y a “mojao”. “Seco” es que comían en sus casas y cuando era a “mojao” era por que les daba de comer el dueño de las ovejas. Que un hombre esquilaba de media 40 ovejas si eran merinas y 45 si eran churras. Que el aprendiz, cuando dormían fuera en los pueblos en algún pajar, era el último en acostarse y debía apagar el farol y decir: “Buenas noches y que descansen” y si estaban en el pueblo, al rayar el alba, debía de ir llamando casa por casa a cada uno. También el aprendiz era el encargado de llevar la piedra de afilar. Que las tijeras las afilaban en Casla o en Prádena de Segovia. Que cada esquilador tenía siete u ocho pares de tijeras, que guardaban en una funda de cuero o madera que se llamaba “maqueta”. Y me confirmaron lo que estaba escrito en el libro y es que en 1966 llegaron las máquinas eléctricas que sustituyeron a las tijeras. En el libro también queda constancia de que las cuadrillas de esquiladores trabajaron en Buitrago, Paredes, Robledillo, Santuy, Cobos, Montejo, Gandullas, Aoslos, Braojos, Piñuecar, Horcajo, Serrada, Berzosa, El Cardoso, Prádena, Madarcos y Lozoyuela.

Veremos ahora, según se recoge en el libro, unas cifras sobre el jornal de los esquiladores y el coste de esquilarse cada oveja en los diferentes años.



Año	Sueldo fijo diario en pesetas	Equivalente en euros	Complemento por oveja esquilada
1902	2,20 pesetas	0,0132 €	7 céntimos de peseta
1913	2,32 pesetas	0,0139 €	9 céntimos de peseta
1914	2,41 pesetas	0,0145 €	12,50 céntimos de peseta
1920	4,61 pesetas	0,027 €	29 céntimos de peseta
1925	6,07 pesetas	0,036 €	32 céntimos de peseta
1951	42 pesetas	0,25 €	1,50 pesetas por merina 1,25 pesetas por churra
1957	80,50 pesetas	0,48 €	2 pesetas por merina 1,75 pesetas por churra
1963	220 pesetas	1,32 €	6 pesetas por merina 5 pesetas por churra



En fin querido lector si has tenido la paciencia de llegar hasta aquí, gracias. Creo que era justo hacer un homenaje a estos hombres que se pasaban entre treinta y cuarenta días fuera de casa, encorvados y con las piernas abiertas en compás, mientras esquilaban. La culpa la tuvo el manuscrito que me enseñó Gregorio.

LA ELABORACIÓN DE LA LANA

Todos sabemos que la lana la producen las ovejas y (casi todos) también sabemos que a las mismas se las esquila una vez al año. Suele ser antes de que llegue el calor fuerte de verano (mes de mayo) y una vez que ha pasado el invierno y las ha servido la lana de abrigo. Se hacía este costoso trabajo por cierto con unas tijeras muy largas y por unos hombres que mientras esquilaban estaban completamente encorvados, pues la oveja una vez entrelazadas las patas y manos sujetas con una cuerda se depositaba en el suelo. En Montejo siempre hubo dos cuadrillas de esquiladores “los Patillas y los Generales” y hacían el trabajo del pueblo y el de casi todos los del alrededor incluido Buitrago donde había un “rancho” y allí los llamaban para hacer esquila. Había una liturgia muy organizada dentro de las cuadrillas, tenían sus alcaldes, sus secretarios y sus alguaciles y sobre todo un respeto enorme según el rango de antigüedad. Todo aquel que llegaba a la nave o portal donde se estaba esquilando debía saludar con Ave María Purísima a lo que todos respondían sin pecado concebida. Al terminar la faena de cada día solían

cantar la Salve de los Esquiladores. Ya tenemos las ovejas esquiladas y se recoge la lana enrollándola en un bello y recogiendo todas las vedijas que todo es lana y por lo mismo dinero. Una parte se quedaba para el consumo de casa y otra se llevaba a los lavaderos industriales, de la primera queremos hablar.

Lavada en el río se eliminaba toda la mugre y se secaba al sol, después se escarmenaba, que consistía en ahuecarlo y quitar algunas impurezas, seguidamente un cordón grueso y a la rueca y colocar el copo de ahí a hilar.



Hilar era un oficio o profesión tirando del copo colgado de la rueca y enganchado al huso. Todas las mujeres hilaban y había una sana competición a ver quién hacía el hilo más fino. Así obtenemos un macito (usada) que unida a otra pasaremos a

torcer y hacer una buena hebra de lana. Con una devanadera haremos una madeja y otra vez a lavarla con agua caliente donde nos quedará la lana blanquísima y hacer ovillos.

De este modo conseguimos nuestro rico producto (que en otro tiempo nos sirvió como moneda) y ya podemos elaborar nuestras prendas, calcetas, pelerinas, jerséis, guantes, bufandas etc. El hacer todas estas prendas era una asignatura que las abuelas enseñaban a las hijas y que ellas aprendían con buena nota. Era una obra de arte ver hacer un calcetín con cinco agujas, una pelerina a ganchillo o un jersey con dos agujas largas. Después de todo esto solo nos faltan las maravillosas manos de las mujeres serranas y la prenda quedará confeccionada.

¡Ah! y si usted quiere que la prenda no sea blanca, pues el caldero de cobre, buena lumbre, las llaves, un sobre de tinte y un palo para darle la vuelta. Quede aquí este pequeño recuerdo, para nuestros pastores, nuestros esquiladores, las hilanderas y todo el mundo artesanal que en nuestros pueblos se preocuparon de que no pasáramos frío y fuéramos más felices, a la vez que sin pensarlo nos estaban transmitiendo una cultura de siglos.

5 de diciembre de 2014



LA DEVANADERA

Hay oficios que se pierden
e instrumentos que se olvidan
que ya no son necesarios
en esta agitada vida.

Uno que ya tiene canas
y recuerda lo vivido,
e intenta dejar escrito
lo que ya está en el olvido.

Y no he pensado otra cosa
que en una devanadera,
instrumento giratorio
para devanar madejas.

Las madejas que en otrora
hilaron nuestras abuelas
con el huso y con la rueca
para tejer nuestras prendas.

“Devanaira” la llamaban
las abuelas de mi pueblo,
aparato giratorio
y que hacían los abuelos.

Había una en cada casa,
por supuesto artesanal,
con un mástil en el centro
dos cruces y... poco más.

Mas pensaron las mujeres
que sería un adelanto
utilizar a los hombres
con la madeja en sus brazos.

-Tú no tienes que hacer nada,
tú puedes estar tranquilo,
sólo tener la madeja
mientras yo formo el ovillo.

Y así la devanadera
pasó al mundo del olvido,
nadie la utiliza ya
muchos ni la han conocido.

Mas yo quiero recordar
que el artilugio existió
y por eso en miniatura
le he reproducido yo.

No intento recuperarla,
¡Dios me libre de intentarlo!,
sólo intento que sonrías
y que puedas recordarlo.

Y al mismo tiempo pensar
que el pasado es nuestra historia
y sabremos mucho más
trabajando la memoria.

¡Cuántos aperos perdidos!,
útiles en otros tiempos,
hoy están en el desván
y sólo son trastos viejos.

Respetemos el pasado
que vivieron los abuelos
y seremos más felices
conociendo nuestros pueblos.

Montejo de la Sierra,
2 de marzo de 2014



ELABORACIÓN DEL LINO Y LAS PIELES

Querido lector que te acercas a mi escrito, hoy intentaré pasar al pie de la letra, y nunca mejor dicho, un escrito de un familiar mío, que lo escribió hace 34 años y tenía ya 80 años. Abajo tienes su nombre y la fecha en que lo hizo.

Su padre era pastor y a los 11 años ya fue a Extremadura por primera vez y hasta que se casó, con lo cual el colegio quedó menguado, pero fue un autodidacta y nadie pudo decir que se notara que no fue a la escuela. Hizo un escrito que presento de su puño y letra y del que solamente alguna “faltilla” he corregido.

«Voy a contar como se vestía la gente en el año 1925.

El calzón y el chaleco eran de piel de cabra o de perro, curtida y cortado por nosotros, el chaleco era cerrado por delante, con tres bolsillos y abierto por el lado izquierdo que abrochaban con hebillas. El calzón llegaba por bajo la rodilla. Las “calzonas” llegaban a los tobillos, eran para los días de fiesta.

Ahora voy a explicar cómo se hacía el “estezau”, lo primero había que estezar las pieles que tenían que estar blandas y con una cosa que se llama un estezón y una estezadera. El estezón era un tronco de árbol de un metro de largo y la estezadera era una cuchilla con dos kilos de peso, pero que no corte de larga treinta y cinco centímetros así se quitaba el cutis a las pieles para que curtieran. El curtido era cáscara de encina o roble, lo había que cocer en un caldero y en el agua meter la piel con el agua caliente, pero que no quemara. De que está 12 horas se la sacaba y se la daba garrotero, que era retorcerla mucho con dos palas y se secaba y otra vez al curtido hasta tres veces. Luego se la daba otro mojo de jara, así si no estaba bien, con eso se queda bien. Lo último se la daba aceite y ya sobarla y hacer calzones. Los cortábamos nosotros y los hacíamos con las mejores pieles. Eran de perro, de gato y zorra, no daban trabajo. Las de oveja eran las peores. También se gastaba chaqueta de piel de oveja con lana. Se llamaba zamorra y zajes de la misma y abarcas de piel de burro, nosotros las hacíamos.

Ahora voy a explicar el trabajo de las mujeres, que no es poco. Ellas nos vestían. Con camisa y calzoncillos y sábanas y costales para meter la cosecha, lo hacían todo con lino. Les daba mucho trabajo. Lo primero, sembrarlo, regarlo, escardarlo, arrancarlo y

hacerlo “mañas”. Luego “esgargarlo”, esto lo hacíamos los hombres, lo demás todo ellas. Lo había que meter en un pozo 15 días. A los 15 días se sacaba y se hacía capullos, se lo ponía a secar y a machacarlo con un mazo de madera en unos poyos de piedra. Después se espadaba con una espadilla de madera, otra cosa que se llama gramilla, también de madera, luego rastrillar con un rastrillo que tiene muchas púas de acero, después hilarlo con una rueca y un huso y después con una aspadera lo espadaban, para hacerlo madejas y luego lo tenían que cocer en unas calderas muy grandes con mucha ceniza para que blanqueara. Seguido lavarlo. De que estaba blanco, llevarlo al tejedor para hacer las piezas de lienzo y las alrotas para costales. Las mujeres cortaban las camisas y los calzoncillos, que eran muy largos, así que para vestirnos no necesitábamos sastre».

Esto está escrito por Juan González, de 80 años,
el 12 de agosto de 1985.

En mi ánimo de seguir indagando cómo vivían nuestros abuelos y de qué instrumentos se servían para su vida diaria, he pensado que sería bueno escribir sobre un objeto al que no le damos ninguna importancia, tal vez porque lo hemos visto en casa desde pequeños, y por lo mismo no nos llama la atención ni nos preguntamos cómo se hacía, de qué se hacía y en qué tiempo se hacía. Hoy quiero hablar, y dejar escrito para el futuro, de las escobas domiciliarias, las que utilizaban nuestras madres y abuelas a diario en cada casa.

Por supuesto nunca se hicieron el Montejo escobas con un palo largo y unas hebras vegetales atadas en la punta, que llegaron a nuestro pueblo hacia los años 20.

Sin embargo tenemos otras clases de escobas que utilizábamos en determinados momentos para cada cosa y cada tiempo. Por ejemplo, teníamos las pequeñas y pomposas escobas de

algarabía, hierbas que se crían en nuestros montes y que todo el mundo sabía en qué prados se podían cosechar hacer las dichas escobas. Yo recuerdo que se solían coger al final de la primavera o principios del verano y se iban a buscar a Las Matosas. Es verdad que las había en más sitios, pero mi familia las buscaba allí. Eran unas hierbas de unos 20 cm a 30 cm de altas que tenían unos ramos y quedaban pomposas. Una vez secas eran una hierba fuerte que aguantaba mucho. Se podía utilizar en la cocina, en el comedor o sala y en las escaleras. Eran más bien para el uso doméstico en las casas.

Otra escoba que se fabricaba eran las llamadas de granzón. Son unas hierbas que salen con la primavera y que se desarrollan y crecen hasta el medio metro, más o menos, y suelen estar en ribazos o en las orillas de los linares e incluso en algunos prados, donde no le gustaba para nada al agricultor ya que a la hora de segar se cortaban mal y como yerba era mala y no son útiles para el ganado. Estas escobas se utilizaban más para barrer las calles, las cuadras y los corrales. Se recogen arrancándolas también al final de la primavera, se deja que se sequen y después, cuando se iban a fabricar, se metían durante un día en una charca de agua para conseguir que se pusiesen más suaves y poderlas manejar.

Se las ataba en el espacio entre la raíz y el cuerpo de la hierba y se cortaba tanto por la parte superior como por la inferior para que quedase igualada.

Por último tenemos las escobas de cambrón. Es esta planta una falsa retama que es muy áspera, que cría una vaina con unos granos pequeños, especie de cereal que no tiene más de 3 cm y hay que cogerlo cuando la planta está hecha y solamente tomar aquellas partes que son las más tiernas. Estas no se arrancan, se cortan por debajo de los tallos y se colocan de tal manera, que una vez atado con una cuerda de pita, forme lo que llamaríamos el mango de la escoba. Escobas que en Montejo se han utilizado para barrer las calles o para barrer las eras ya que eran muy resistentes. Una vez secas son mucho más eficientes y duran muchísimo tiempo.

Yo recuerdo en mi infancia que el Señor Alcalde mandaba dar un pregón para que los sábados por la tarde se regaran las calles y cada vecino barriera la parte de calle que correspondía a su casa. Daba el pregón el aguacil y el pueblo respondía limpiando.

Esto es un poco, en resumen, el útil que se ha utilizado para la limpieza hasta la llegada, después de la guerra civil, de esas otras

escobas del palo largo con las que no había que agacharse para barrer y donde era más fácil y más cómodo ir a la tienda a comprarla y no tenerlas que ir a arrancar o cortar al campo y después dejarlas secar, para hacerlas después su cometido que era la limpieza. Después de los años cuarenta llegaron otros utensilios como son las aspiradoras, los cepillos de pelo suave o de fibra y por supuesto las fregonas, invento que es completamente español.

¿Tiene alguna importancia este escrito para el futuro? Pienso que muy poco, pero también pienso que dejo un algo en el espacio que los próximos que ocupen nuestras tierras sepan cómo nuestros abuelos inventaron el modo y los medios con los que se podía tener una vida más confortable, más limpia y más higiénica. Tal vez ellos no pensaban nunca que habría alguien que después vendría y escribiría algo sobre este utensilio que utilizaban ellos, sin darse cuenta de que después vendrían otros mucho más elegantes, mucho más prácticos, mucho más limpios y que tendríamos que pagar por algo que ellos tomaban de la tierra en la que habían nacido. ¡Benditos ellos que supieron aprovechar todo lo que tenían a su alcance sin costarles “una perra”!

Montejo de la Sierra, 2019

TOQUE DE CAMPANAS

Desde que el mundo es mundo, los seres que lo habitamos nos hemos comunicado de diferentes maneras, en cada época, debido a la necesidad humana de relacionarnos con nuestros semejantes y expresar nuestros sentimientos e ideas. Unos lo hicieron por gestos y sonidos guturales, otros por silbidos, toques de cuerno o instrumentos de percusión y, al desarrollar algunas habilidades, por imágenes para finalmente hacerlo sobre todo y principalmente por la palabra hasta la aparición de la escritura.

Hoy quiero utilizar la escritura para hablar de un instrumento musical de percusión que marcó el ritmo de la vida de nuestros pueblos: las campanas.

Colocadas en las torres y espadañas de iglesias, ermitas y ayuntamientos su sonido servía para informar, de forma inmediata, de la celebración de actos religiosos y civiles de interés general.

Conocidas desde la antigüedad se adoptaron por la Iglesia Católica en el siglo V. Fue san Paulino, obispo de Nola, quien mandó fundir la primera campana en la región de Campania (Nápoles, Italia), hacia el año 400 para llamar a sus feligreses a la oración, tomando de esta región su nombre. Su uso se generalizó cuando el Papa Sabino ordenó colocar campanas en todas las iglesias a partir del año 604.

Desde entonces sus diferentes toques y sonidos se han ido adaptando a cada circunstancia y necesidad transmitiéndonos alegría cuando suenan la víspera y días festivos, o alarma si tocan a fuego, o tristeza si es a difuntos. Múltiples son los toques y maneras de su lenguaje.

En Montejo utilizaban las campanas tanto la Iglesia como el Concejo pues marchaban unidos ya que, en 1769, las primeras que se fundieron, fueron pagadas en tres cuartas partes por dicho Concejo y la otra parte por la Iglesia. Matías Fernández nos cuenta que en 1890, cuando se fundieron las actuales campanas, fue al revés, tres partes la Iglesia y una el Concejo.

Está claro que igual se utilizaban para tocar a misa, como para acudir al día siguiente de hacendera. Campanas y documentos

eran custodiados por las dos partes. En el archivo parroquial se guardaban los documentos del Concejo con dos llaves diferentes, una en manos de Concejo y la otra en las de la Iglesia, y para abrir el archivo debían hacerlo las dos partes al tiempo.

Las campanas normalmente las tocaba el sacristán y podía hacerlo desde arriba en la torre, a volteo y a mano, o desde abajo por medio de cordeles (de ahí debe venir que los sacristanes tocaban un instrumento de cuerda).

Dos campanas grandes hay en nuestra torre, la Santa María y la de San Pedro, la triste y la alegre, además del Campanillo de Gloria que está en la parte superior de la espadaña. La Santa María al saliente, gorda y panzuda y la de San Pedro estilizada y elegante, al norte.

Las campanas tienen forma de copa invertida con un poco de vuelo por su boca. En su interior el badajo que muchos han llamado “lengua de la campana”, un mástil de acero con una porra. En la cabeza de cada campana, un escudo de madera o metal cogido con unos abalcones de hierro bien sujetas y equilibradas que facilitan el volteo a mano.

Nos cuenta Matías Fernández que hubo varias fundiciones. La primera en 1769, por parte de Pedro Fontau, y otras tres en 1831, 1836 y 1890, pues parece que se quebraban fácilmente. Para las fundidas en 1890 se contrató a Manuel Cuesta, natural de Guadalajara. Estaban rotas las dos grandes e hizo una refundición, dejando grabada en la campana de San Pedro su nombre y una inscripción que dice: Se fundieron siendo Cura Ángel Z. Cancio, Alcalde Ruperto del Pozo, Mayordomo Martín Fernández y dos representantes de los vecinos.

Pesaron las campanas 48 arrobas (552 kilos) e importaron 2.842 reales. El pueblo se encarga de traer el barro, la leña y las funden en un huerto en La Carrera. Se pagará al fundidor 10 pesetas por arroba y del metal que resulte de las campanas viejas se deduce una onza de cada libra (1 libra son 16 onzas y 1 onza son 28,35 gramos). Se pagará una cuarta parte al dejarlas colocadas en la torre y el resto en los tres años siguientes. El campanillo superior se puso sobre 1950.

¿Pero cómo nos “hablan” las campanas?

- A diario por la mañana Ave María: repique con las dos campanas, desde abajo y con las cuerdas.

- A las 10:00 h: a Escuela. 3 campanadas espaciadas.
- A mediodía: Ángelus. Repique.
- Al anochecer: Repique.
- A oración: Repique.
- A “perdíos”: Repique.
- Fiestas Mayores, Corpus, Navidades: Volteo a brazo de las dos campanas, lo mismo la víspera.
- El día de Resurrección, al cantar el Gloria: Volteo a brazo de las dos.
- Domingos y festivos: Volteo de la Santa María para misa y con la de San Pedro para la señal del segundo y tercer toque.
- Durante la misa: 3 campanadas en la Elevación al Alzar a Dios.
- Al Rosario: Repique desde abajo y las señales del segundo y tercer toque una sola campanada.
- Misa en tiempo de Adviento: Con la Santa María 1 golpe fuerte al principio y luego ir aminorando y otra vez 1 golpe fuerte varias veces.
- Confesiones, Catequesis: Con la de San Pedro lenta con 3 campanadas al final.

- Bodas: Según estipendio.
- Bautizos: Repique con el campanillo de la torre.
- Enfermos:
 - Viático (llevar el Santísimo a un enfermo): 5 campanadas espaciadas con La Triste. Iba el sacerdote revestido y el sacristán tocando un campanillo por delante del Santísimo.
 - Extremaunción: 7 campanadas espaciadas con la campana triste.
 - Agonía: 9 campanadas.
- A la muerte: un clamor con las dos campanas desde abajo. Si era doble, más caro porque debían voltear las dos campanas y parar a cada media vuelta dos personas. Si es un niño con el campanillo de la torre y siempre enterrado en caja blanca.
- Al ir al cementerio: clamor las dos campanas con las cuerdas.
- El Día de Difuntos: Clamor toda la noche y el día.
- Si muere un Papa: Clamor doble con dos personas en la torre.
- Viene el Obispo: Volteo de campanas.

Las campanas estaban mudas desde el Viernes Santo hasta el día de Gloria. Los niños anuncian los actos religiosos con sus carracas.

Toques profanos.

- A fuego: las dos campanas juntas a golpe rápido a la vez y si persistía, desde arriba, volteo pidiendo ayuda a los pueblos de alrededor.
- A nublo, si había tormenta: volteo de campanas y venirse al pueblo, había menos problemas. En 1774 pagan al sacristán por tocar a nublo 49 reales al año.
- A perdíos, alguien por nocturnidad, niebla o desorientación: volteo lo mismo que para nublo.
- Hacendera, Caminos, Regueras y algún evento no programado: 1 golpe fuerte al principio y luego ir aminorando y otra vez 1 golpe fuerte varias veces.
- Viene el Gobernador Civil: volteo de campanas.

Los vecinos conocían perfectamente el retumbar de cada campana y sus toques e incluso algunas personas sabían quién era el que estaba en la torre ejecutando dichos toques.

El subir a la torre a voltear las campanas implicaba algo de peligro pues se corría el riesgo de que alguna de las campanas te golpease. Yo he conocido a dos personas a las que les pasó, aunque por fortuna sin consecuencias.

Como a bastantes nos gustó mucho subir a la torre a voltear, como conocimos los toques, ahora algunos olvidados, he querido dejarlo plasmado, porque creo que pertenece a la historia de Montejo.

Montejo de la Sierra, marzo 2022





Comunidad
de Madrid